

Mundo indígena y vida religiosa

TESTIMONIO nos permite hoy encontrarnos en la palabra, hecha texto, reflexión, y en la Palabra, hecha carne, hecha vida en la vida del mundo indígena, obsequio y desafío para tantos consagrados y consagradas del continente que, agradecidos, miran con bondad y bendicen. Religiosos, y ante todo religiosas, que encarnan entre los indígenas un servicio regenerador de estilo de vida, un servicio llamativo... para enmarcar. Reserva de cálida biosfera es esa vida religiosa inserta en los pueblos originarios y abierta a la integración de indígenas en ella. Mujeres y hombres que han sabido entrar más en la lógica del don que en la del heroísmo personal. La vida religiosa en América Latina está recorriendo un camino hacia los pueblos originarios y con los pueblos originarios, un camino sin retorno, que se va llenando cada día de nombres y pasión. De este modo, la vida consagrada se está haciendo más sabia y carismática, sensible y comprensible, religiosa y solidaria.

Este número de la revista, en experiencias y reflexión, apunta aviesamente hacia relatos de vida y misión, que implican historia de salvación para quienes los saboreamos. Manifestaciones patrocinadas por el ferviente deseo de ir creciendo en humanidad. Relatos con espíritu, que suscitan reacción de la sensibilidad y mantienen la tensión de la creatividad, invitando a sumergirse en ellos, porque en ellos late la vida. Si para el hambriento Dios tiene figura de pan, para el indígena, tiene figura de hermano diferente. En ellos y con ellos, la vida... si no es encuentro es frontera; si no es apuesta compartida es peaje de amargura; si no se llena de nombres y de sensaciones a flor de piel es estatua de mármol.

Estamos aprendiendo a acoger y valorar no solo las semillas del Verbo en otras culturas, sino también el crecimiento de esas semillas de mil maneras distintas en pueblos diferentes. La espiritualidad de la comunión

en América Latina está llevando a la vida religiosa por el camino de encuentro con los pueblos originarios. Realidad que nos interpela como vida cristiana en la frontera. Nuestras comunidades han de responder, en vida y misión, al don y desafío de encuentro con hermanas y hermanos diferentes. No es algo marginal; toca la razón de ser de la vida consagrada, porque, al descubrir la multiculturalidad, reconoce la diversidad y acoge sus consecuencias como oportunidad de riqueza. Signo profético, parábola del Reino, en un contexto globalizado donde la incapacidad para hacer frente a la diferencia está destruyendo familias, culturas, sociedades, e incluso el mismo planeta. Los pueblos indígenas suponen hoy punto arquidémico donde poner la palanca que desenmascare el carácter ideológico de la retórica de la globalización en el continente.

El evangelio, cuando es solamente evangelio, cabe en todo lugar. Respiramos evangelio en la presencia de los pueblos originarios erguidos, rígidos, encampanados en su dignidad. Los indígenas en América Latina han dejado de ser plaza silente, objeto de misión, y han pasado a ser un entorno vital, ahíto de primavera. Sometidos al poder político, ya no están dispuestos a seguir viviendo esa situación como súbditos, sino como ciudadanos. Ser indígena está dejando de ser un estigma que se desprecia o se procura ignorar... Signo de los tiempos, indicador evangélico que nos viene al encuentro. No podemos hacerle sombra con nuestra cultura, prejuicios, ideologías o insensibilidad. Algo que desafía la vida y misión de la Iglesia, y de la vida consagrada dentro de ella. Y lo que importa es que permitimos que nos desafíe, porque los desafíos lo son para quienes los aceptan.

La causa de los pueblos originarios está alimentando ese sacramento del momento presente que es la atención: verdadero punto de partida y corazón de todos los caminos espirituales. La atención nos lleva a la contemplación, a activar la capacidad de estar atentos en lo que hacemos y vivimos. El otro, el diferente, el indígena... en el centro de mi mirada, mi interés, mi acción y reacción, mi vida. Nos dejaremos tocar por sensibilidades distintas. E irá surgiendo un nuevo estilo de vida religiosa y un nuevo modo de misión, abriéndonos paso al diálogo vivencial donde lo humano se convierte en protagonista. Un nuevo horizonte de futuro preñado de promesas para la vida consagrada latinoamericana.

Vivimos tiempos de tender puentes, de encontrarnos con hermanos y hermanas de otras culturas y tradiciones religiosas, con sus propias fuentes de sentido y de valor, de arriesgarnos a comprender y valorar lo diferente, renunciando al deseo de ser invulnerables y superiores, sin ese talante seguro de quien se siente distante y distinto por estar en la verdad. De hecho, lo que entre nosotros dificulta la armonía fraterna no es la diversidad, sino el etnocentrismo, que genera fundamentalismos. Ahí llegamos

por el camino del poder, poniendo en evidencia una vez más que el ser humano es racional, pero muy poco razonable. En lugar de esforzarse por multiplicar su reino en función de sus diferencias, procura empequeñecerlo marcando clases, fronteras, jerarquías, gradaciones, lenguajes y dominios, fundados todos en caracteres accesorios, impuestos de arriba abajo y de fuera a dentro. Instalados en la certeza de nuestras verdades y presupuestos occidentales, ¿por qué van a entendernos los pueblos originarios si no los entendemos a ellos?

La vida consagrada institucionalizada se refundará en la matriz de la vida del pueblo en general y de los indígenas en particular. Este número de TESTIMONIO celebra Pentecostés en la polifonía de lenguajes, culturas, sensibilidades, fuentes de sentido y de valor. Brindamos por una vida religiosa con la continua presencia del Espíritu, que multiplica lo diverso para posibilitar el encuentro. Que el Espíritu no cese de comunicarnos las flores y frutos de la lucidez, cordialidad, vigor y audacia para el encuentro con los pueblos originarios, de modo que nuestro estilo de vida intercultural continúe cargándose de potencia creadora para la Iglesia y la sociedad latinoamericanas.